

843
B

P. 2193
B7
C68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez : Flor Baja, núm. 22.

LAS CORBATAS BLANCAS

PRÓLOGO.

Los precursores de Marchandon.

I.

Los largos gabanes de abrigo, de irreprochable corte y admirable aplomo, dibujan correctamente sus largas espaldas, su elegante busto, su talle esbelto. El pantalón, sin una arruga, cae sobre las finas botas de becerrillo. La luz de las bombillas de gas hace brillar la seda de sus sombreros, que ambos llevan ligeramente inclinados sobre la ceja. Los dos son jóvenes: no tendrán treinta años; altos, robustos; rubio éste, que lleva toda la barba; moreno el otro, que sólo usa bigote.

De pie en el vestíbulo, junto al hueco de la escalera, presencian el desfile de los espectadores que salen de la Ópera. El rubio intenta ver

entre la multitud una mujer, conocida ó desconocida, parisiense ó forastera, alta ó baja, gruesa ó delgada, rubia, morena, de cabellos castaños ó bermejós, elegante ó modesta, casada ó soltera, honrada ó mundana....; poco le importa cuál, con tal que sea hermosa. Una vez vista, no aparta de ella la mirada, la sigue con la vista, la domina, la envuelve; pero si la mujer advierte la persecución de que es objeto, vuelve inmediatamente el rostro, temerosa de que sus ojos cambien una mirada con aquellos otros garzos, de extraño verdor oscuro, de pupilas estrechas, largas y negras, de brillante fijeza; ojos de tigre ó gato, en fin.

La mirada del otro joven vaga también sobre el conjunto de los espectadores que salen, pero no se posa en parte alguna. Espera, sin duda, para fijarse en un rostro conocido, amado, ojos que busquen á los suyos, como éstos los de ella.

Pasan algunos segundos, luego palidece, adelanta la cabeza, y al verla, inmóvil, con la vista fija en un punto, toma el aspecto del soldado que viendo aproximarse un jefe de graduación, se turba, se detiene, y, rígido como un palo, se cuadra para saludarle al paso con todas las solemnidades de ordenanza.

Es que la ha visto al llegar al último rellano de la escalera, envuelta en un espléndido abrigo blanco, cuya capucha cubre la hermosa ca-

beza. Baja poco á poco, apoyándose en el brazo de un hombre que podrá tener cincuenta años, su padre sin duda, que en estas apreciaciones no es difícil equivocarse: lo correcto de sus facciones, la limpidez de su mirada, la juventud que revela su sonriente fisonomía, su manera de andar, todo su aspecto revela que es una jovencita soltera.

También ella ha debido verlo, por cuanto se ha estremecido involuntariamente, y sus mejillas han enrojecido. Él, cada vez más pálido, sigue sus movimientos, que espía con afán y rodea, digámoslo así, toda su figura con su mirada.

Sólo resta que baje dos escalones. Algunas personas median sólo entre unos y otros. Nuestro joven se quita respetuosamente el sombrero y permanece descubierto.

El padre lo advierte, y apretando á la vez el paso y el brazo de su hija, saluda con frialdad y frunciendo el entrecejo. La hija se deja llevar; pero al llegar á la puerta vuelve rápidamente la cabeza, y se queda mirando al mancebo con melancólica sonrisa.

Éste la ve desaparecer, y constantemente inmóvil, prosigue con la vista fija en la puerta por donde ha partido.

—Parece que se espera á los amos, señor mío,—dice á su oído una voz, al mismo tiempo que una mano se apoya en su hombro.

Volvióse el joven, y al ver á su rubio compañero, el de los ojos gatunos, dijo:

—¿Á qué vienen esas bromas? ¿Qué queréis decir con ellas?

—Son lógicas, querido; seguís aquí, en el pórtico, descubierto, sombrero en mano.... Sólo os faltaba, para parecer por completo un criado que aguarda, como los muchos que nos rodean, llevar en el brazo izquierdo el gabán del amo y el chal de la señorita.

—¡Ah, es verdad! ¡Qué distracción!

—¿Amorosa?

—Acaso.

—Pues bueno: la gente acaba de salir, y no serán muchas las hermosas que nos quedemos sin ver. ¿Vámonos?

—Vámonos.

En el momento de salir se reunió á ellos un hombre de más edad, sí, pero aún joven, de rostro que denotaba un prematuro desgaste de la naturaleza, con arrugas y pliegues que no eran propios de su edad; pequeño de cuerpo, de picaresco rostro y de aspecto enfermizo.

—Querido Montbarán,—dijo, estrechando la mano del rubio.

Y volviéndose al compañero de éste, añadió:

—¿Qué tal, señor de Beuvret?

—Muy bien, Marqués.

—No quisiera molestaros, señores. ¿Puedo reunirme con vosotros?

—¿Cómo que si podéis? Nos dais con ello una satisfacción,—repuso Montbarán.

Algunos momentos más tarde llegaban al Boulevard.

Iban juntos, en correcta fila, marchando á compás, con el cigarro en la boca, las manos en los bolsillos y silenciosos. Por fin, el recién llegado preguntó á sus amigos si pensaban pasearse así durante mucho tiempo, siendo como era tarde, y estando en invierno.

—¿Y adónde vamos?—preguntó suspirando Montbarán.

—Al Casino, á falta de mejor sitio. ¿No os sentís atraído esta noche por el *baccarat*?

—No hay en mí nada que pueda ser atraído.

—¿Estáis, pues, arruinado?

—Por completo.

—¿Y de crédito?

—Tampoco lo tengo.

—¿Ideas ó medios de tener cien luises?

—Como no sea....

—¿Pedírmelos á mí? (dijo el Marqués.) Pues no os molestéis en ello, querido, porque mi situación pecuniaria es idéntica á la vuestra. Esta noche, poco antes de reunirnos, he perdido una cantidad que me ha sido tan difícil adquirir, que me parece necesario renunciar á la espe-

ranza de tener un céntimo más en mucho tiempo. Pero (añadió sonriendo, sin que Montbarán advirtiera su sonrisa) podéis dirigir vuestra petición al señor de Beuvret, que no juega, y, por lo tanto, estará mejor de fondos que nosotros.

Esta última frase, que era intencionada, la había dicho el Marqués en voz que pudiera ser oída por Beuvret.

—En efecto (dijo éste); no juego, como vosotros, diariamente por costumbre ó por placer... pero he jugado esta semana por necesidad. Y, lo que es peor, he perdido, y tanto, que nada me resta ni para mí ni para mis amigos.

—Ya no hay duda (murmuró el Marqués); la ocasión es oportuna.

Y luego añadió en voz alta, con forzada sonrisa:

—Brillante situación la nuestra.

Su risa no obtuvo eco; sin duda los dos jóvenes eran de los que se tornan taciturnos cuando les falta dinero.

Sin embargo, prosiguió hablando, no sólo para interrumpir el silencio en que habían caído, sino tal vez con el fin de provocar más completas explicaciones.

—¿Quién había de pensar, al vernos bien vestidos, con un buen tabaco en la boca, y con el aspecto de caballeros completos, que nuestros

bolsillos están vacíos, y nuestras arcas tal vez lo mismo?

—¡Arcas! (dijo Montbarán.) Ayer me vendieron los muebles. De modo que no poseo más que un baul con algunas ropas salvadas de la catástrofe.

—Pero, querido (repuso á esto el Marqués, cuya sonrisa era cada vez más acentuada): eso no es estar sin un cuarto; es estar completamente arruinado.

—No tengo amor propio; es la miseria; pero ¡qué miseria! La peor de todas; la miseria con frac y botas de charol.

Y lanzó un profundo suspiro.

Si algunos segundos antes la risa del Marqués no había encontrado eco, el suspiro de Montbarán lo obtuvo en una queja de Beuvret.

—¿Cómo, señor de Beuvret, también vos?

—Curioso sois.

—Curiosidad es que haríais mal en no dejar satisfecha, amable colega, porque sólo espero la respuesta para comunicaros una idea que os sea provechosa á los dos.

—¿Una idea, una idea luminosa? Decid pronto qué es ello.

—Pues confesad entonces vuestro estado.

Beuvret vaciló aún un momento, detenido por cierto pudor, un último orgullo, un temor acaso; pero, al fin, dijo bajando la voz:

—Pues bien, sí; mi posición no es mejor que la vuestra. La ruína es tan completa, que raya en la miseria.

—Estáis contestado, Marqués (añadió Montbarán); ahora venga la idea, el plan maravilloso.

—Helo aquí: asociémonos los tres.

—¿Asociarnos? ¿Con qué objeto?

—Con el de recuperar lo perdido para volver á ser ricos.

—Recuperar lo perdido; ¿y con qué? Para eso hace falta algún dinero por lo menos. ¿Lo poseéis vos?

—No por cierto; soy tan pobre como vosotros.

—Pues si todos somos pobres, ¿cuál va á ser nuestro capital social?

—Nuestras inteligencias, nuestras aptitudes, nuestro trabajo. Trabajaremos reunidos para obtener un resultado que individualmente no seríamos capaces de lograr. No hay duda que el asociarse es siempre provechoso. ¿No se fundan todos los días y en todas partes nuevas sociedades ó asociaciones?... Pues sigamos la moda.

—No la moda, cualquier cosa seguiré yo, con tal que me deis la esperanza al menos de vivir del modo que yo creo que debe vivirse.

—¿Y vos, querido señor de Beuvret?

—Yo, Marqués (replicó el interrogado), haré cuanto os plazca, siempre que sea rico algún tiempo, ó pase por tal al menos.

—Entonces, señores (exclamó el Marqués), sólo se trata ya de cambiar nuestras impresiones, y comunicarnos nuestras ideas para optar por la mejor, y uniendo nuestros esfuerzos, sacar el mejor provecho posible para todos.

—Bien está (dijo Montbarán); pero yo os pregunto: ¿qué buenas ideas han de ocurrirnos en mitad de un boulevard, ahora que comienza á llover?

—Ciertamente. Vamos á cenar.

—¡Cenar! ¿Con qué dinero?

—Si no con mi dinero, con mi crédito, que aún me queda alguno ahí enfrente, en el *Café Inglés*.

—Bueno. Cenémonos vuestro crédito.

Cruzaron el boulevard y penetraron en el *Café Inglés* por la puerta que da frente á la Opera Cómica, puerta que, como es sabido, permanece abierta toda la noche.

Bien pronto se instalaron en un espacioso gabinete y pidieron una cena compuesta de flambres, para que los criados no les molestaran.

Uno de éstos quitó el abrigo á nuestros personajes, que entonces se dieron cuenta de que, habiendo asistido á la función del teatro de la Ópera, estaban vestidos de rigurosa etiqueta.

—Marqués (expuso alegremente Montbarán); si vuestro plan se adopta en definitiva, si nuestra asociación queda fundada esta noche, pro-

pongo que se titule: la *Sociedad de las corbatas blancas*.

El Marqués se apresuró á aceptar la proposición, pensando para sí:

«Justo, la Sociedad de las corbatas blancas, como en otro tiempo hubo una partida de los Fracs negros.»

II.

Servida la cena y cerrada la puerta por los camareros, que recibieron la orden de no entrar sin ser llamados, el Marqués, sentado frente á sus interlocutores, dijo así:

—Creo, señores, que antes de nada debemos comprometernos por un juramento á no repetir una sola de las palabras ni uno de los propósitos que expongamos aquí; á ser discretos por todo extremo, y á no confiar jamás á nadie nuestros proyectos y resoluciones.

—Lo juramos,—dijeron sucesivamente Montbarán y Beuvret.

—Y yo uno mi juramento al vuestro (añadió el Marqués). Ahora (prosiguió), os propongo que aportemos á la comunidad, como primer dividendo social, nuestros antecedentes. Nuestros secretos personales, á partir de hoy, deben per-

tenecer á todos; es decir, á todos tres. Para distribuirnos el trabajo que debamos ejecutar, según nuestras aptitudes, méritos y fuerzas, es indispensable que nos conozcamos á fondo, y sepamos cuáles son nuestros méritos, nuestras necesidades, nuestros defectos y nuestros vicios.

—En una palabra: que pretendéis de cada uno de nosotros una confesión completa ante dos confesores legos.

—Perfectamente. Una confesión completa, en la que el arrepentimiento es lo único que no os exijo; de la que, si me lo permitís, voy á daros el ejemplo.

—Comenzad, querido,—dijo Montbarán, sirviéndose un alón de perdiz.

—Os escucho,—añadió Beuvret, que no comía, pero que se había apoderado del *champagne frappé*.

Con los codos apoyados sobre la mesa, y la vista fija en sus compañeros, el de más edad de los tres comensales comenzó en estos términos:

—Desde luego, señores, cumplo un deber confesándoos que no soy Marqués ni cosa que lo parezca, como vosotros creéis ú os dignáis aparentar creerlo. Me llamo simplemente Marqués, nombre que se prestaba á un error, que por vanidad cuidé de no destruir. También os confieso que contribuí á su propagación, añadiendo á mi primer apellido el nombre de la aldea en que

nací, con lo cual resulté Marqués de Arnage, superchería de la que no estoy arrepentido, porque me ha sido muy útil.

—¿Para con las mujeres?

—Para con los hombres. Las mujeres no se contentan con tan poco; son más prácticas.... Prosigo. La fortuna que se me ha atribuído, que muchos me atribuyen aún, no es más verdadera que mi marquesado. Me lancé al mundo con tres billetes de mil francos por todo porvenir, esperanzas inclusive; pero desde la primera noche que fui presentado en un círculo, en un casino, comencé á jugarme el dinero y á hacer posturas de ciento cincuenta lúses con la misma serenidad que si hubiera tenido un millón en mi gaveta. ¡Bien me fué! Algunos meses después poseía un millón. Al año siguiente lo perdí, para volver á ganarlo y volverlo á perder. Así he vivido largo tiempo, rico un día como el que más, pobre al siguiente como el último miserable.... Pero en los malos tiempos, para la escasez, para el hambre, he procurado conservar la sonrisa en los labios, para que la compasión de mi desastre no fuera tan allá que me privase del crédito.

—Muy bien (dijo Montbarán): ¿pero de qué os lamentáis si vuestro crédito existe?

—Pero desgastado.

—¿Y vuestra sonrisa también?

—No, esa no. La conservo por costumbre,

aunque ya no produce el efecto que otras veces, acaso por ser más triste que entonces.

—Y decidme: cuando estabais de buena, los días de suerte, cuando ganabais, ¿no pensasteis en abandonar el juego?

—¡Jamás! ¿Qué había de hacer? ¿Qué hubiera sido de mí? Fuera del juego, nada me distrae, nada me interesa; soy poco aficionado al trato social, el teatro no me divierte, la música me aburre, los buenos manjares y los vinos buenos no despiertan en mí ningún apetito, mi temperamento no me lleva en pos de las mujeres, y las cartas es lo único que ha hecho palpar rápidamente mi corazón.... ¡Y de qué modo! Ellas han sido mi absoluto dueño y representado para mí lo que la más temible concubina. Desde que llegué á París no me han dejado dormir tranquilo una noche, una sola de las noches que he pasado á su vista, junto á ellas. ¿Y cómo resistir á su influencia?... Era mi amor, más ardiente que todos esos amores que jamás he conocido.... Sí (prosiguió, animándose gradualmente, á pesar de su frialdad habitual); la baraja es mi solo goce, mi única pasión. Juego, no por ganar, sino por jugar. ¿Queréis una prueba?

—Con mucho gusto (exclamó Montbarán). Todas las pasiones, aun aquellas que uno no siente, son dignas de estudio.

—Cierta noche del mes pasado (continuó el

Marqués), subí á un círculo sin un céntimo en el bolsillo, y sin esperanza de que la caja me prestara: hacía mucho tiempo que era en deberla dinero. Y, sin embargo, nunca he tenido más gana de jugar; la pasión no satisfecha me hacía sufrir horriblemente, como sufro ahora mismo porque sé que en el piso de abajo están jugando. Me dirigí á varios amigos, que se deshicieron en lamentaciones por el estado de sus fondos, cosa que no creí, porque no hay mejor medio de no dar dinero que lamentarse de no tenerlo. Me dirigí á los mozos de juego: «No tenemos un cuarto», me dijeron: cosa que significa: «no inspiras confianza, estás tronado». Busqué al encargado del restaurant....: se había acostado....: entonces un ser compasivo me habló de un marmitón que hacía valer sus economías prestándolas con usura.... Hallé al mozo de cocina ante un fogón, y á fuerza de habilidad y de súplicas.... ¡sí, de súplicas, porque se descende hasta la súplica!...., logré que me prestara cinco luíses.

—¿Á qué interés?

—¡Qué sé yo! Tenía los cinco luíses: lo demás no me importaba. Subí de las cocinas al salón, y me acerqué á la mesa: ¡gran partida! Sin vacilar arrojé los cinco luíses sobre el tapete....: gané....: no moví la postura del platillo; siete veces seguidas acerté.... los cinco luíses se habían multiplicado de un modo fabuloso: ganaba doce

mil ochocientos francos. «Retiraos» (me dijeron); «Nunca» (exclamé); seguí jugando....

—¿Y perdisteis?

—Gané, gané veinticinco mil seiscientos francos. El banquero se puso en pie, y dijo: «Otro talla». Yo ocupé su puesto.

—¿Para perder cuanto habíais ganado?

—No tal. El juego quebró; la banca, que había perdido ocho veces consecutivas, ganó otras ocho, y yo con ella, puesto que era el banquero. En una palabra: que gané unos ciento cincuenta mil francos.

—Merced á los cinco luíses del cocinero (observó Montbarán); ¡qué suerte de muchacho!

—Escuchadme.... jugué durante la noche entera....: amaneció, y seguí tallando. Á las nueve de la mañana sólo quedaba á mi alrededor una docena escasa de combatientes, pero desprovistos de municiones.... ¡Todo era mío!.... Quisieron partir, y les detuve: «Señores (les dije); es demasiado temprano para que os marchéis; pensad por un momento qué dirían vuestras esposas, vuestras patronas ó vuestras porteras, viéndolos entrar á estas horas en casa». Alegaron la carencia de dinero y de crédito en la caja del círculo. Les presté dinero para jugar en contra mía, y aceptaron. ¡Cómo cambió la suerte! Con mi dinero me ganaron en dos horas la enorme suma que había ganado.... Quise detenerlos, que

á su vez me prestaran dinero ; pero se libraron muy bien de hacerlo. Una vez desquitados de la pérdida, y aun gananciosos, se fueron á dormir. Tuve que hacer lo mismo ; pero á la puerta de mi cuarto hallé al marmitón , que gemía y suspiraba, pidiendo sus cinco lúses: como no los tenía , tuve que entregarle el reloj para que me dejara dormir tranquilo.

—Podéis enorgulleceros (dijo al Marqués Beuvret) de ser un verdadero jugador.

—¿Verdad, eh?—dijo el Marqués, engriéndose.

La relación de sus aventuras le había excitado; bebió á sorbitos un vaso de agua helada, mientras que Montbarán le decía:

—¿Sabéis, querido, que si habéis sido capaz con cinco lúses de ganar centenares de miles de francos, no puedo menos de asombrarme que nos hayáis traído aquí para buscar un medio de hacer fortuna?... La fortuna vos la poseéis, la disfrutaréis el día menos pensado; quizá os espera ahora mismo, abajo, en el casino.

—Me espera, es posible; no lo dudo. Pero por ahora es muy cruel para mí. Me exige sacrificios; quiere que le confie sumas importantes: las cortas cantidades que diariamente le sacrifico no le parecen bastante....; las devora en un abrir y cerrar de ojos; las veo desaparecer como el hielo que se derrite en esta copa.... Tengo demasiada

experiencia del juego para saber á qué atenerme. La lucha en las condiciones en que vengo manteniéndola es inútil. Seré devorado poco á poco antes de obtener el más pequeño triunfo; es indispensable para éste una repleta cartera, un enorme talego de oro.

—Que vaciaréis por completo en la mesa de juego....

—Si es preciso, sí. Mas pensad en los placeres que eso me ofrece. ¡Tallar durante noches enteras, en vez de jugar como *punto*, del modo que hoy me veo obligado á hacerlo! ¡Tallar de cabeza, ser dueño de la partida, gobernarla á mi antojo, ganar millones acaso, y perderlos otra vez!.... ¿Qué queréis? Esta es la vida para mí; no me la explico de otro modo, y para vivir satisfaciendo mis deseos y mi pasión, me encuentro dispuesto á todo.

—¿Á todo?—dijo Montbarán, mirándole fijamente.

—Sí, á todo; á todo, menos á hacer trampas en el juego; no por escrúpulo, no por delicadeza, no por honradez; no trato de aparentar lo que no soy.... Pero si yo hiciera trampas, no experimentaría placer en el juego, no sentiría emociones. Un verdadero jugador, como yo, es honrado.... con las cartas en la mano.

Calló, fatigado, falto de aliento; su mirada, que había sido brillante en tanto que había des-

erito todos los horrores de su pasión, fué apagándose poco á poco. Su faz, enrojecida, volvió á palidecer, recobrando aquella coloración pálida, amarillenta, del hombre que hace de la noche día y reemplaza las claridades del sol por la luz de las velas ó del gas. ¡Ah! La baraja, su concubina, como él la llamaba, le había envejecido, le había desgastado, como no hubieran podido hacerlo verdaderas concubinas escogidas entre las más disolutas.

Continuaron silenciosos breve espacio de tiempo. El Marqués seguía bebiendo agua helada, Beuvret champagne por vasos y Montbarán, que había acabado con la perdiz, comenzó á comer una ensalada rusa. Cuando hubo satisfecho su apetito, hizo esta pregunta:

—Está hecha la primera confesión. ¿Á quién le toca ahora?

—Á vos, si os place,—dijo Beuvret.

—Conforme; estoy dispuesto; pero antes de empezar me permitiréis que llame para pedir café.

—¿Necesitáis desvelaros? (exclamó el Marqués.) ¿Os he adormecido?

—No por cierto; es que tengo miedo de producir sueño, y adopto mis precauciones.

Apoyó un dedo en el timbre. El camarero sirvió café, licores y tabaco, y se fué, cerrando tras sí la puerta.

Entonces Montbarán, saboreando el café, dió principio á su relato.

III.

—No me parezco al Marqués; la baraja no reina en mi corazón. Considero el juego como un oficio menos productivo que los demás, á veces vergonzoso, y siempre rudo. Es el peor medio de todos los que hay para procurarse dinero.... á veces.... Yo voy al círculo por la noche, como el empleado va por la mañana á su oficina, el dependiente á la tienda, el diputado á la asamblea.... En pocas palabras: el *baccarat* es para mí un trabajo; el único que sé desempeñar con algún acierto.

Chupó el cigarro, y continuó:

—Pero tranquilizaos; si no tengo el vicio de jugar, poseo otros: soy perezoso, goloso, sensual.... Tengo también una pasión: la de la mujer, ó de las mujeres, como queráis llamarla. Las amo hasta el delirio. No sé ver una muchacha sin que su presencia influya en mí, sin seguirla. Si corre, corro más; mi capricho aumenta, y me arruinaría por satisfacerlo. También yo me he arruinado. Á los veinticinco años no quedaba en mi poder ni un solo franco de los treinta mil

de renta que había heredado de mi familia. Entonces se me ocurrió hacer que me presentaran en un casino para dedicarme al estudio del *baccarat*, y procurar ganar con él lo necesario para vestirme, alimentarme y satisfacer la voracidad de mi vicio.

—¡Cómo! (exclamó el Marqués.) ¿Pero también las mujeres consumen fortunas?

—Vuestro asombro denota que no las conocéis.

—Ya os lo he dicho antes; pero había yo oído que existían mujeres desinteresadas.

—No he tenido ocasión de conocerlas.

—Es asombroso; porque un chico joven, guapo y elegante como vos sois....

Montbarán apoyó los codos sobre la mesa, y se quedó mirando de hito en hito al Marqués.

—¿No os habéis fijado en mis ojos?—preguntó.

—Sí, son magníficos.

—Pero de una magnificencia que aleja de mí las mujeres.

—¡Tiene gracia!—dijeron á la par el Marqués y Beuvret.

—Os agradezco que no queráis creer lo que digo; pero, por desgracia, digo la verdad. No se atribuye uno defectos por el placer de tenerlos; mi mirada, desdichadamente, atemoriza á las mujeres, y huyen de mí.

—Pues si huyen de vos, ¿cómo os cuestan tan caras? No supongo que les daréis dinero en pago de las calabazas que os dan.

—No; pero no siempre huyen. El interés acaba por vencer la repugnancia de algunas, y entonces, claro está que tengo que ser generoso para mostrarme agradecido y conseguir que nuevamente se sacrifiquen por mí.

—¿Y no habéis hallado ninguna mujer que se habituara á ser mirada por esos ojos, que se connaturalizase con su brillo?

—Una; ¡qué hermosa! Positivamente lo era....; casi creo que la amaba.

—Pues ¿por qué no conserváis su amor?

—Nada hubiera preferido á tal ventura; mas no me fué posible. Creyéndola dormida, penetré á obscuras una noche en su alcoba: ¡qué imprudencia!... Si de día, con todos los esplendores de la luz, mis ojos, como los de los gatos, parecen vidriosos y apagados, por la noche, en la obscuridad, ocurre lo contrario; son brillantes, fosforescentes.... Mi amante me tomó miedo, y, á pesar de los esfuerzos que hizo por perderlo, no llegó á conseguirlo....: los nervios habían tomado participación en el triste lance.... Me vi precisado á abandonarla: ¿qué había de hacer? Es insoportable vivir con una mujer que cuando se la tiene entre los brazos tiembla, se estremece y suplica que cierre uno los ojos, precisa-

mente cuando más abiertos quisiera tenerlos.

—¿Y esos percances (interrogó el Marqués), no os han curado de la pasión que por ella sentís?

—Pues qué, lo que habéis perdido en el juego, las temporadas de desastre y de no acertar una carta, ¿os han quitado á vos el vicio de jugar?

—No, porque conservaba el recuerdo de mis victorias anteriores y mis ganancias considerables. Si la suerte se burlaba de mí, recordaba el tiempo en que me había sonreído. Pero para vos.....

—Para mí, la mujer no ha tenido sonrisas (repuso Montbarán); precisamente de ahí nace mi mal. El amor propio, la terquedad, la cólera y la desesperación se confunden en una sola fuerza....: busco por doquiera, con tenacidad, sin reposo, sin tregua, la sonrisa que no puedo hallar, la mirada que huye de la mía.... Amo á la mujer actualmente, no como otros, con cariño, sino con todo mi ser, con toda mi imaginación, precisamente por lo inasequibles que son para mí. Su resistencia aviva mi pasión, que ha llegado á ser tan violenta, que, por satisfacerla, estoy dispuesto á todo.

Mientras hablaba de este modo, sobreexcitado, febril, la sangre le había afluído á la frente, á las sienes, á las mejillas, tenía dilatadas las ventanillas de la nariz y los labios amoratados....: estaba pletórico de vida, y, á

pesar de estarlo, su mirada seguía siendo vidriosa y apagada como la de un muerto.

—Señor de Beuvret, (advirtió el Marqués), os ha llegado el turno.

Beuvret vaciló algunos segundos; le repugnaba tal vez abrir su corazón á aquellos des hombres; sin embargo, ¿podía él ocultarles sus secretos después de haber oído los de ellos? El champagne, que no había cesado de beber desde el punto y hora en que se sentó, le había vuelto algo más expansivo, y rompiendo con su indecisión, concluyó por decir:

—Querido Montbarán, yo no padezco la pasión de la mujer en general, como vos, sino por una sola mujer, cosa que, como comprenderéis, es diferente. Ahora bien: puesto que deseáis conocerme á fondo, os haré la historia de mi vida en pocas palabras, porque nada tiene de interesante. Hasta los comienzos de mi juventud, viví en provincias; pero al quedarme sin padres, y con una fortuna de cien mil francos que éstos me habían dejado, vine á establecerme á París, donde durante largo tiempo viví tranquilo y dichoso, pensando más en el trabajo que en el placer.

—¡En el trabajo! (exclamó Montbarán.) Pero qué, ¿eso produce algo?

—Yo no trataba de ganar dinero: la renta de mis cien mil francos era bastante para subvenir á mis necesidades.

—Entonces, ¿trabajabais por diversión?

—Sí, el trabajo entretiene muchas veces.

—¿Y en qué os ocupabais?

—Estudiaba derecho, medicina; cursaba algunas asignaturas, y leía mucho.

—Y ahora, ¿habéis renunciado por completo al estudio?

—No tengo la imaginación tranquila.

—¿Por qué?

—Porque (repuso Beuvret) hace dos años hallé en un puerto de mar á una criatura de la cual estoy perdidamente enamorado.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el Marqués.

—Ya sé quién es, sin duda alguna (manifestó Montbarán); es la que esperabais á la salida de la Ópera: os vi saludarla, os contemplé con indiscreta curiosidad, y no se me ocultó por un momento el amor que os inspira. Es alta, flexible, con los cabellos rubios como el oro; tiene los ojos azules oscuros y negras las pestañas; la nariz tan correcta como pudiera dibujarse, y una boca verdaderamente encantadora.... Ya veis si la conozco. ¡Oh! ¡Cuando se trata de una mujer linda, no se me escapa un detalle!.... ¡Y qué sonrisa, Dios mío!; porque se sonrió al pasar junto á vos.

—Sí, ¡pero de qué modo! ¡Si vierais qué mala señal era su sonrisa!

—Qué, ¿no os ama?

—Me creo en el caso de tener esperanzas fundadas...; pero el padre me niega su mano.

—Grave es eso,—dijo el Marqués.

—¿Y por qué esa negativa?—preguntó Montbarán.

—Por lo de siempre; porque no tengo bastante dinero.

—¿Tiene ella un gran dote?

—No tiene ninguno; pero su padre supone que no podremos vivir con mi renta.

—Aquí del trabajo (dijo Montbarán burlonamente); él se encargará de aumentar vuestros recursos.... Hay quien dice que se gana dinero en los negocios.

—Pero es preciso hacerlos buenos, y esos no se hallan tan fácilmente.

—Buscad un destino.

—Un empleo no me produciría nunca los veinticinco mil francos que su padre apetece.

—¡Ah! ¿Conque necesitáis quinientos mil francos de capital?—murmuró el Marqués sonriendo, como si el oír hablar de tan gran cantidad hubiera producido la más deliciosa impresión en su espíritu.

—Sí, quinientos mil francos (repitió Beuvret). Una vez creí ya poseerlos.

—¿De veras? ¿Cómo fué?

—Había yo pensado que, puesto que mis cien mil francos no servían de nada, debía arries-

garlos y perderlos, ó ganar con ellos la cantidad apetecida.

—Excelente idea. Los arriesgasteis al *baccarat*; por cierto que recuerdo haberos visto jugar; pero estoy en la idea de que ganabais, y mucho.

—Mucho gané; pero con el deseo de llegar á la suma prefijada, perdí las ganancias, y mi capital con ellas.

—Lo sé: ¿y no os quedó recurso alguno?

—Ninguno.

—Entonces, adiós matrimonio, y agur esperanzas.

—¡Ah! ¡pues si no tuviera esperanzas!—dijo violentamente Beuvret.

—¿De veras? ¿Lo decís formalmente? ¿Y en qué consisten esas esperanzas?

—¡Qué sé yo en qué! Tal vez en las mismas que esta noche me habéis dado. Quiero asirme á una última esperanza.... ¿No decíais hace poco que uniendo nuestros esfuerzos podríamos hacer fortuna?

—Lo he dicho, y lo creo; pero ¿estáis dispuesto á prestarnos completa ayuda?

—¡Dispuesto!—exclamó el joven con ronca voz, sin mirar á sus compañeros.

Y luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—Por casarme con ella daría la vida y el honor, como he sacrificado mi fortuna, cuanto po-

seña, los cien mil francos que bastaban para mi sostenimiento.... La amo con entusiasmo, con locura, porque amo por primera vez en mi vida....; antes de conocerla, mi corazón había sido insensible; pero desde que la vi, es dueña absoluta de mi ser...., sólo pienso en ella, sólo á ella veo, y no es mi corazón el único que levanta su voz, porque sólo me inspiraría nobles sentimientos: es también mi imaginación, son mis sentidos, que al fin se despiertan....; y además (prosiguió con voz apagada), sufro, sufro mucho, tengo celos terribles.... Su padre quiere casarla con otro, que es rico, joven y de tan gallarda presencia, que bien pudiera ser que acabara por amarle.... ¡Oh, y antes que eso, la mataría, y sabría matarme!

—No os excitéis más (dijo fríamente el Marqués); calmaos, y busquemos entre todos el medio de satisfacer nuestras pasiones: yo la del juego, Montbarán la de las mujeres, y vos la de una mujer.

IV.

Sentados junto á la mesa, desprovista ya de manjares y cubierta solamente por un mantelillo de café, sobre el cual había un candelabro, cajas